

Capítulo 10 del Libro 2: Creo que quizás debamos separarnos - Druida del centro (Borrador del Libro 1)

Vampa alzó la vista al acercarse Dantés, sus ojos desplazándose rápidamente de arriba a abajo como si evaluara una amenaza y rápidamente concluyera que no la había.

"¿Quién eres tú?" preguntó, comenzando a desenrollar el lienzo que llevaba alrededor de las manos.

"Mi nombre es Ed. Soy amigo de Vera. Ella me pidió que te entregara esto."

Dantés metió la mano en su chaqueta y sacó el papel doblado que le habían dado. Lo ofreció a Vampa, que lo esperaba en la parte inferior de las escaleras. La forma en que caminaba Vampa le recordaba a la imagen de un gato cruzando la parte superior de una cerca. Era de gran tamaño, mayor que cualquiera de los luchadores que había visto pelear esa misma tarde, pero sus pasos eran completamente silenciosos y cada uno de sus movimientos, incluso al tomar y desplegar el papel, mostraba una deliberada disciplina. Por un momento, percibió el aroma del papel del mensaje. Para la mayoría sería demasiado sutil, pero Dantés lo detectó.

Sus ojos recorrieron rápidamente la carta y asintió consigo mismo. "Vigilaré a la Vixen y Vera para mantenerlas seguras." Miró nuevamente a Dantés. "Vete." Regresó al foso y comenzó a recoger ropa y armas.

"¿Puedo preguntarte cómo conoces a Vera?"

"No," respondió mientras se calzaba una gruesa camisa de lana.

Dantés suspiró. Sabía que intentaba hablar con una pared, así que decidió no insistir. "Gracias por cuidar de ella y de las chicas." Se dio la vuelta y salió del edificio, pasando junto al guardia que en ese momento ya dormía profundamente. Echó un vistazo a su alrededor y tomó una pequeña bolsa de monedas resonantes del bolsillo del guardia antes de dirigirse de nuevo hacia las calles principales.

Sus ojos en la Vixen confirmaron que todo seguía en orden, así que comenzó el largo camino hacia uno de sus jardines más cercanos. Incluso mientras atravesaba el distrito guilda, escuchaba cómo se relataban las hazañas de Gavain en la arena, exagerando lentamente sus logros a medida que avanzaba. Cuando llegó a la zona baja, donde estaban los tres jardines, Gavain había pasado de derrotar a cuatro combatientes altamente entrenados en una pelea a vencer a cerca de cien con una sola mano, mientras una gaviota le picoteaba los testículos.

Pudo sentir cómo el hilo que conectaba su jardín vibraba ligeramente al acercarse, como si anticipara su regreso. El más cercano y también el más pequeño de todos. Había plantado algunas frutas, verduras y una semilla de árbol. Todos empezaban a brotar, y extendió su energía hacia ellos, moviéndolos ligeramente para probar su voluntad. Sintió que debía hacer más de lo que venía haciendo. El conocimiento innato que había recibido en su iniciación le venía a la mente, al igual que el recuerdo de su conversación con el dios de los murciélagos. No podía ganar favor ni poder solo alimentando a los hambrientos; había un equilibrio que debía ayudar a crear y mantener.

Miró a través del bloque donde había comenzado su cuidado. Sobre un tejado cercano, había una acumulación de metal oxidado y con picos, cuyo propósito se había olvidado hacía mucho tiempo. Subió y retiró los pinchos. Luego, empezó a recoger restos de madera dispersos y los colocó en una esquina. Notó que una de las casas vacías que cercaban su jardín tenía una buena selladura, así que moldeó una rama de su árbol en forma de palanca y rompió tablas hasta que cualquier animal pudiera entrar y salir libremente. Finalmente, tomó una vieja taza que estaba enterrada entre los escombros y la colocó en un lugar donde sospechaba que recogería agua de lluvia. Tras terminar, dedicó un tiempo a regar y vigilar cada una de sus plantas en crecimiento, percibiendo sus necesidades y forzando pequeños compromisos cuando surgían conflictos, incluso reubicando la pequeña plántula reformando su rama en una pequeña paleta.

Cuando terminó, inspeccionó nuevamente el jardín y extendió sus sentidos. Percibió que algunos pájaros cercanos ya observaban el techo que había despejado, y una rata comenzaba a hacer cómoda una pila de restos de madera. La línea de poder que lo conectaba con el jardín parecía más firme y fluía con mayor naturalidad, aunque aún no había un aumento significativo en la vida. Se detuvo un momento más para enterrar algunas monedas de oro y gemas en un pequeño trecho sin marcar del suelo, como un refugio alternativo, y entonces siguió adelante.

Afectó también los otros dos jardines, dedicando el mismo tiempo a intentar mejorarlos, a conferirles algún tipo de equilibrio. Cuando terminó, sintió que los tres estaban en un estado mucho mejor, aunque la línea que lo conectaba con su antiguo jardín en la Prisión Subterránea aún era mucho más fuerte que las otras tres.

Se instaló en su jardín principal, saludando a los murciélagos que allí descansaban y también a las plantas. Revisó a la Zorra y envió a los criaturas con las que tenía vínculo a explorar la zona. Le tomó un tiempo, pero finalmente encontró a Vampa en el burdel. Vestía un delantal ridículamente pequeño y trabajaba en la cocina, vertiendo un vino rojo oscuro sobre un corte de carne exquisito, causando que chisporroteara. No esperaba que pudiera cocinar, ni que estuviera vigilando a la Zorra desde dentro. Había pensado que el hombre observaría las cosas desde las sombras. Sin embargo, no era raro que aquellos Mondego encargados de vigilar a la Zorra no supieran que no

era un cocinero, portero o cliente común. Era inteligente, y llevaba las huellas digitales de Vera por todas partes.

Soltó un suspiro de alivio, pero dejó a todos sus animales allí para que cuidaran. Podía ver cómo su favor empezaba a subir lentamente en todas las áreas al contemplar su creciente colección de tatuajes. No era su oro favorito, pero ciertamente disfrutaba tenerlo.

Había resuelto al menos parcialmente sus preocupaciones inmediatas respecto a la Zorra, pero aún enfrentaba otros problemas. Necesitaba localizar a algunos de los prisioneros que habían escapado. Si Wane o Merle estaban entre ellos, y podía liberarlos de sus collares de alguna manera, tendría aliados poderosos a su lado. También debía averiguar cuál era el estado de su antiguo jardín. Ahora que conocía el riesgo que representaba, debía encontrar alguna forma de gestionar o reducir ese peligro. Si los fugitivos le proporcionaban información sobre la situación, podría evaluar sus opciones.

Abrió su mochila y comenzó a revisar las notas de Pacha una a una. Durante las últimas semanas, las había estudiado mientras añadía sus propios datos. Sabía de dónde llegaban los envíos de Mondego, cómo estaban almacenados, dónde se vendían y qué financiaban. Conocía quién era quién y qué hacía cada uno. La única barrera que aún le impedía tener toda la información necesaria eran los hechizos en varios edificios, que impedían que ratas, cucarachas u otros roedores entraran. Necesitaba encontrar a un mago con la moral flexible, o que pudiera controlar de alguna forma. Preferiría encontrar a un mago con collar escapado y colaborar con él, pero no podía esperar a que uno apareciera. Además, si tenía a un mago sin collar a su merced, podría usarlo para ayudar a los que sí lo tenían, en cuanto los encontrara.

También debía comenzar a investigar más a fondo a Danglars. Estaba involucrado en las operaciones de Mondego y, además, ansiaba su venganza tanto como él. Pacha teorizaba que utilizaba su autoridad legal para asegurarse de que ciertos barcos que llegaban al puerto no fueran inspeccionados, o para que cualquier embarcación que estuviera traficando sin la bendición de Mondego recibiera una revisión adicional. Afortunadamente, Dantés no necesitaba comprender en detalle el funcionamiento de las operaciones de Mondego. Solo requería conocer lo suficiente para desbaratarlas, y esa tarea era mucho más sencilla que crearlas desde cero. Había una razón por la cual se había limitado a robar con su banda, en lugar de involucrarse en intrigas más profundas. Era más difícil cometer errores. Aunque, una vez terminada su labor con sus antiguos cómplices, necesitaría ocupar su tiempo con otra cosa; el robo simple ya no le resultaba tan atractivo como antes.

Pensó en ello nuevamente, recorriendo mentalmente cada aspecto. Ideando qué hacer, a quién atacar, qué objetivos elegir. Podía cubrir mucho terreno por sí mismo, especialmente con sus habilidades, pero si quería avanzar con rapidez, necesitaría el apoyo de alguien igual de preparado.

Su mirada se posó en Jacopo, que se estaba atiborrando con un trozo de fruta podrida.

“Creo que tal vez debemos separarnos por un tiempo.”